

cielo, aquellos soberbios montes. ¡Pobre patria mia! exclamé juntando las manos... y lloré como un chiquillo.

La jóven inclinó la frente sobre la palma de la mano y meditó.



UNA MEDALLA.

I.



qué aspecto tan sombrío y qué mirada tan torva siempre!— Así decía entre dientes un capitán, después de pasar revista á su compañía.— ¿Y por qué? Después de todo, ¿qué es lo que yo le he hecho?

Hay caracteres duros, altaneros, selváticos, en los cuales es tan vivo y suspicaz el amor propio, que en cada sonrisa ven una burla, en cada palabra suponen una asechanza, en cualquier persona un enemigo. Quizás en el fondo es buena su índole y respetuosa; y parece por el contrario soberbia y díscola. Son espíritus reservados por natural desconfianza de los hombres; no tienen afectos espontáneos; no aman de buenas á primeras;

pero apenas advierten una sincera amistad, corresponden á ella con mayor fineza y efusion, como si entonces pusieran en uno, todo el cariño que regatean á los demás; en cambio, cuando se aferran en la aversion y el odio, son obtinados y tenaces hasta lo imposible. Pero, no odian de veras: creen que odian. Siempre está uno á tiempo de disipar con un apretón de manos ó una amable sonrisa, la antipatía que creían invencible y el rencor que juraban eterno.

Así era el soldado de los Abruzos, que miraba con aire siniestro á su capitán.

El primer día que vino al regimiento con los demás reclutas, vestido todavía con su blusa de obrero ó su chupa de campesino, apenas se alistó en la compañía, el capitán lo había mirado de alto á bajo con cierto aire de curiosidad, murmurando al oído del teniente:

—Mira qué facha tan burda,—y había sonreído; y el soldado notó en el acto aquella sonrisa. Conducido al almacén del vestuario, se echó sobre los hombros el primer capote que le pusieron en las manos, y el capitán, al verlo pasar, envuelto en aquel ropon, con unas mangas larguísimas, que colgaban un palmo fuera de la mano, y con los desgarrados faldones que le llegaban á los tobillos, se echó á reír, exclamando:

—Pareces un costal de patatas,—y el rostro del soldado se nubló más y más, y de sus ojos

cayó sobre el capitán una mirada, que parecía un relámpago.

Otra vez en la plaza de armas, cuando enseñaban el paso militar á los reclutas, y haciéndoles salir de filas uno á uno, les obligaban á andar solos largo trecho, á son de tambor, moviendo las piernas lentas y rígidas, como los muñecos en los teatritos de los niños, el soldado de los Abruzos, al llegarle el turno, se confundió y avergonzó de tal manera, que no lograba cambiar el paso sin equivocarse, y hacía unos movimientos tan grotescos, que todos los compañeros reían. Llegó el capitán y lo reprendió, pero el soldado lo hacía cada vez peor. Entonces el capitán, en vista de que no podía sacar partido de él, se marchó, diciéndole:

—Eres el soldado más torpe de la compañía.— Estaban allí cerca unas muchachas con unos niños, mirando el ejercicio, y rieron. El soldado se puso encarnado como la amapola, y volvió á las filas, rechinando los dientes como un perro rabioso.

Así se fué arraigando en su ánimo el convencimiento de que el capitán lo tenía entre ojos, y lo reprendía por mala voluntad, y lo ponía en ridículo con el malvado propósito de hacerlo salir de sus casillas y perderlo. Y no era verdad. El capitán era todo un caballero; no tenía contra él prevención alguna, estimaba á sus soldados, era incapaz de un sentimiento de aversion ciega é

injusta, y enemigo declarado de preferencias y malevolencias en su compañía. Pero no había comprendido bien la índole de aquel soldado. Al verlo siempre arisco y fosco, lo había juzgado de carácter indómito, revoltoso, perverso, y quería domarlo; y él era muy domable, pero por medio de la persuasión y de la amabilidad: con los gritos y los castigos no; era peor.

Un día nuestro soldado estaba hablando con una muchacha junto á una esquina; pasó el capitán y él no lo vió. Creyó el capitán que había hecho como quien no lo veía, por no saludarlo, y le tiró la gorra al suelo, en presencia de la muchacha y de mucha gente que allí había. El pobre soldado tuvo tanta vergüenza, que apenas marchó el capitán desapareció también, y no volvió nunca á aquella calle. Pero el rencor contra el capitán se duplicó y cuadruplicó en su corazón; convirtióse casi en odio mortal. Lo atormentaba de continuo, no le dejaba un instante de reposo, le emponzoñaba la vida, y por más que se esforzaba, no podía disimularlo. El capitán reprendía á cualquier soldado, y él se ponía á toser y á golpear el suelo con los pies; el capitán se volvía desdenoso, y él al momento levantaba el rostro y se ponía á mirar á las nubes. En las marchas, si algún soldado estaba solícito y atento cuando el capitán quería beber, y le facilitaba la cantimplora, él sonreía con amargura,

y llamando aparte al soldado, le decía al oído:—Imbécil.—Cuando el capitán lo amonestaba, él aparentaba no entenderlo, moviendo los ojos extraviados, como un insensato, y balanceando la cabeza, ó dejaba caer de sus pupilas entornadas una especie de risa maligna, torciendo la boca, y adelantando el labio inferior; y siempre la mirada torva y el semblante sombrío.

Una tarde, en la plaza de armas, haciendo el ejercicio, el coronel censuró en alta voz al capitán. Este dirigió una mirada rápida á sus soldados. Uno solo reía; el de los Abruzos.—¡Canalla!—gritó él entonces, ciego de rabia; y adelantándose hácia el soldado con el puño cerrado le amenazó. El soldado palideció. Pocos minutos después volvióse tranquilamente al que estaba á su lado, y le dijo:

—El mejor día... (y añadió algunas palabras en voz muy baja), ó no soy yo de los Abruzos.—Apenas llegado al cuartel y junto á su cama, arrojó la mochila contra la pared. El capitán llegó en aquel instante y lo vió.

—Sargento, arrestad á ese soldado—dijo, y desapareció. El soldado, rugiendo, mordió la sábana, y con los puños cerrados se golpeó la cabeza. Tres ó cuatro compañeros echáronse encima, lo detuvieron y le sujetaron:—¿Qué tienes? ¿qué haces? ¿te has vuelto loco?

II.

Hay en el valle del Tronto un lugar en que las rocas, aproximándose por una y otra parte hasta la orilla del río, forman una cuenca tan estrecha como selvática y melancólica. Entre el agua y las cortadas peñas, el terreno está cubierto de grandes masas de piedra, desprendidas de la montaña, y vestidas de silvestres malezas, entre las cuales serpentea algún estrecho sendero, perdiéndose en la espesura.

Era una tarde de otoño y lloviznaba. Una patrulla de pocos soldados, que marchaban uno tras otro, pasaba por aquel punto, subiendo, bajando, torciendo á derecha é izquierda, según los accidentes del terreno y los matorrales, en los que estaba casi perdida la imperceptible senda que los pasos de los caminantes en largo trascurso de años habían señalado.

Un soldado precedía á la patrulla, á unos cuarenta pasos. Otro la seguía á la misma distancia. Caminaban con la cabeza inclinada, el fusil bajo el brazo, silenciosos y lentamente.

De repente, el soldado que iba delante, oyó ruido de pasos precipitados; vió aparecer detrás de una roca tres cabezas, brillar al sol tres armas y tres relámpagos, y sintió que volaba de su cabeza el kópis y que silbaban á su oído dos balas. En el mismo instante, lanzáronse sobre él tres bandidos. Disparó el fusil, y uno de ellos dió un grito y cayó al suelo. Arrojóse sobre el otro, y con un golpe formidable del fusil separó á un lado su carabina y en seguida le metió en el vientre la bayoneta. Pero el tercero, que iba detrás, vino sobre él antes de que pudiera revolverse. Cogióle con la mano izquierda el fusil, esgrimiendo con la derecha un puñal. El soldado abandona el arma, detiene con la mano izquierda la diestra armada del bandido, le sujeta el cuello con el brazo derecho, y estrechándolo como una serpiente, le da un mordisco rabioso, que le rasga una oreja. Un horrendo aullido de espanto y de dolor brota del pecho del asesino, y se empeña espantosa lucha. Uno y otro tratan de arrojar al suelo á su enemigo: un paso en falso es la muerte. En ménos de un minuto, un ancho espacio de terreno queda marcado con las profundas huellas de sus pies. Saltan las piedras en donde pisan y ambos adversarios se abrazan, se rechazan y vuelven á asirse con una rapidez que la vista no puede seguir. Se golpean con los puños, se hieren con los dientes, se empujan con las ro-

dillas y los codos; bufidos, gritos de rabia, ojos horriblemente dilatados y encendidos, bocas espumantes y ensangrentadas, que descubren, al contraerse convulsivamente, los rechinadores dientes, todo les daba un aspecto que perdía la semejanza humana. Pero el soldado mantenía sujeta en su férrea mano la diestra del enemigo, armada del puñal... De súbito el bandido vacila y cae, golpeando terriblemente el suelo. El soldado cae encima de él, lo sujeta con ambas manos al terreno, le clava la rodilla en el pecho, y mientras el caído le infiere una profunda herida en el brazo izquierdo, él le levanta de tierra con un supremo esfuerzo la cabeza, y la golpea violentamente contra una roca. Aprovecha el aturdimiento producido por el golpe, y aprieta con las dos manos y con toda la fuerza que le queda la muñeca del brazo armado. El criminal, no pudiendo resistir más, abre la mano, y tan pronto como suelta el cuchillo, lo coge el soldado, y se lo hunde en la garganta. El cortante hierro le rompe el hueso esfenoides y una oleada de sangre brota de sus abiertas fauces, juntamente con un estertor confuso, que fué su última palabra y su último suspiro.

¡Bravo, bravo!—gritaron, llegando anhelantes los demás soldados de la patrulla; y lo rodearon presurosos y le agobiaron á preguntas, mientras él, inmóvil, con el rostro pálido y los ojos extra-

viados, miraba al bandido muerto y al ensangrentado puñal, que tenía aún en la mano.

La patrulla había sido asaltada al mismo tiempo por el grueso de la partida de bandoleros; pero estos, apenas disparadas las carabinas, echaron á correr. Los soldados los habían perseguido hasta que se perdieron en la espesura.

El soldado herido curó á los pocos días. La vez primera que le vió el capitán, al pasar revista, lo miró fijamente, y le dijo:

—¡Bravo!—El que estaba á su lado le murmuró al oído:—¡Y supones que te tiene mala voluntad!... ¿No ves que te ha dicho «bravo?»

—¡Por fuerza!—contestó moviendo la cabeza y sonriendo siniestramente.

III.

Tres meses despues, el regimiento fué trasladado á Ascoli. Una semana habia transcurrido desde su llegada á aquel punto, cuando el coronel ordenó que al siguiente dia todo el regimiento vistiese de gala para asistir á una solemnidad militar en la Plaza Mayor de la ciudad. Tratábase de condecorar á un soldado con la medalla del Valor Militar.

—¡Tan pronto!—exclamó nuestro capitán, cuando le fué comunicada la orden del coronel, y corrió á buscar al furriel y le preguntó con ansia:

—¿Has oído la orden? ¿Lo has dispuesto todo?

—Todo está dispuesto desde hace tres días.

—¡Oh! respiro; veamos pues. Trac papel y pluma. Quiero asegurarme bien.

Sentáronse á una mesilla, y el furriel se puso á trazar sobre un pedazo de papel líneas, que querian representar casas y calles, hablando en voz baja con el oficial.

Poco despues se levantaron ambos y el capitán, con aire de quien medita, preguntaba:

—¿Tercera casa, á mano derecha, puerta segunda?

—Tercera casa, puerta segunda.

—¿De seguro?

El furriel hizo un ademan como diciendo:

—¡Diablo! ¿qué duda cabe?

Una hora despues, el capitán iba á caballo por el camino que de Ascoli corre á Agua-Santa, aldehuela situada á la orilla del Tronto, á igual distancia, poco más ó ménos, de Ascoli y de Arquata.

Llegó á Agua-Santa al ponerse el sol. Antes de entrar, se desabrochó la levita, de modo que no se viese bien el número que llevaba en los botones. Tomada esta precaucion, entró en el pueblo. Al oír el trote del caballo, algunos de los habitantes de las primeras cabañas salieron á las puertas. Otros se asomaron á las ventanas. Los muchachos corrian por la calle. El capitán miró dudoso á derecha é izquierda, luego se dirigió hácia una puerta, donde habia un grupo de mujeres, las cuales, al acercarse él, se retiraron, apoyándose en la pared y mirándolo atónitas.

—¿Quién me da un jarro de agua, buenas mujeres?—dijo el capitán con aire cariñoso, deteniendo el caballo.

—Yo, respondió vivamente una de las mujeres, y desapareció en seguida.

—Es ella, pensó el capitán. No puede ser otra.

La mujer volvió después de un minuto con un jarro de agua, y se lo dió al capitán. Este la miró atentamente y se puso á beber á sorbos lentos; ella, entre tanto, lo miraba de pies á cabeza, inclinaba el rostro á derecha é izquierda, y se levantaba sobre la punta de los pies para descubrir el número del regimiento; y tanto restregaba las manos y balanceaba el cuerpo y no paraba ni un momento, que bien claramente demostraba un afán vivísimo, que no se resolvía á manifestar. El capitán la observaba.

—¿Ninguna de estas mujeres tiene hijos soldados?—preguntó, devolviendo el jarro y simulando completa indiferencia.

—Yo, respondió al punto la mujer que había llevado el jarro. Yo tengo uno, repitió señalando con el índice y permaneció en actitud expectante, inmóvil como una estatua.

—¿En qué regimiento?

La mujer dijo el regimiento, y añadió presurosa:—¿Dónde está, señor coronel? ¿Lo conoce? ¿le ha visto?

—Yo no... pero ¿cómo no sabeis donde está?

—¡Ah! exclamó la mujer poniendo el semblante muy triste, y cruzando y dejando caer las manos. Dos años há que no le veo. Hace un mes, no estaba muy lejos de aquí; estaba persiguiendo

á los bandidos, ¡pobre hijo mio! y me escribió; pero desde entonces no he sabido nada más. No me ha mandado ninguna otra carta. O me habrá escrito alguna y no me habrá llegado. Aquellos señores que deben enviar las cartas, ¿quién sabe lo que habrán hecho de ella? (y conforme iba hablando iba acalorándose é imprimiendo á sus palabras una creciente expresion de dolor y de despecho). Las cartas de los pobres las conocen aquellos señores por el sobre y las tiran á un rincón. Bien sé yo cómo van estas cosas. Los pobres chicos escriben, y sus familias no reciben cartas. Pero los oficiales que mandan en la tropa debían pensar en esto. Perdóneme, señor coronel, no me quejo de su señoría; pero es una cosa que no me parece justa, porque nosotras, pobres mujeres, pasamos meses y meses sin saber nada de nuestros hijos, y estamos siempre cavilando, y estas amigas mías pueden decirlo, que me ven todo el día y saben qué vida hago de algun tiempo á esta parte, las penas y los sustos que paso por aquel pobre muchacho; y hay momentos, en verdad, que no puedo contenerme. ¡Oh, no, no!, déjeme decir, señor coronel: lo que pasa no es justo,—y se cubrió el rostro con el delantal y se puso á llorar.

Las demás mujeres asintieron á lo que decía con la mirada y con el ademán. El capitán callaba.

—Mirad, buena mujer, le dijo de improviso. La mujer descubrió el semblante lloroso y lo miró.

—Mirad, repitió el capitán, y se quitó el képis y se lo entregó. Ella lo tomó muy sorprendida, lo miró por dentro y por fuera, volvió los ojos á sus amigas en actitud interrogante, y despues miró á la cara al capitán.

El capitán sonreía.

—¿No hay en esa gorrilla nada que os interese?

La mujer volvió á mirar y dió un grito.—¡Ah! su regimiento!—y cogió con ambas manos el képis y lo besó, y volvió á besarlo, con amoroso trasporte y en un instante abrumó al capitán con tantas preguntas, tantas súplicas, tantas demostraciones de gratitud, de alegría, de afecto, que él quedó conmovido hasta el punto de no poder responderle una palabra, pues la emoción le quitaba las fuerzas y le embargaba la voz.

—Mañana verá V. á su hijo, le dijo cuando se hubo serenado. Está en Ascoli y la espera.

La buena madre se arrojó sobre él para besarle la mano. Él la retiró..., y media hora despues tomaba el camino de la ciudad. Había hablado largamente con aquella pobre mujer. Pero de la medalla del Valor Militar no le había dicho palabra.

Apénas llegado á Ascoli, apénas entrado en su casa, llamó al asistente.

—Presente.

—Oye bien—y acentuando mucho las palabras, y ayudando el acento con el ademán, hizo un largo discurso, que el asistente oyó con los ojos y la boca abiertos.

—¿Has comprendido bien?

—Sí señor.

—¿Lo harás todo como te he dicho?

—Sin falta alguna.

—Bien. En ti confío.

Y salió.

El asistente lo siguió con la mirada hasta el umbral de la puerta, estuvo un minuto inmóvil y pensativo, y despues, cogiendo con una mano el cepillo y con la otra unas correas, se puso á limpiarlas con toda su alma, diciendo entre dientes:

—El capitán es tan bueno como valiente. Merece un premio. Mañana su correaje será el correaje más resplandeciente y lustroso de todo el regimiento.

IV.

La mañana siguiente, á cosa de las ocho, el asistente, apostado á la esquina de una calle que desemboca en la Plaza Mayor de la ciudad, vió venir pausadamente una anciana campesina, vestida de gala, con enormes arracadas de metal dorado, un hermoso collar de coral, y la falda pintada con todos los colores del arco-iris. Andaba á paso lento, mirando á todas partes, con un aspecto entre alegre, atónito y curioso. El asistente observóla atentamente y se le aproximó.

—Buena mujer...

—¡Ah! sois aquel soldado...

—El mismo.

—¡Oh! gracias, gracias. ¿Y mi hijo? ¿no está aquí? ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido á esperarme? ¿No le han dicho que vendría su madre? Dígame pronto, ¿dónde está, buen soldado?

—Aguarde un momento; hay que tener un poco de paciencia: ahora no podría V. verlo. Tiene que esperar media horita. Tiené que estar

aquí para ver una parada que tiene que hacer el regimiento. Van á dar la medalla del Valor Militar á un camarada nuestro. Es negocio de pocos minutos. Tenga paciencia.

—¡Media hora todavía... ¡Ay, Dios mio! ¿y cómo me las he de arreglar para esperar media hora?

—Lo comprendo, buena mujer, lo comprendo. Para V. media hora es medio siglo. Pero no hay remedio. Tiene que aguardar. Mientras tanto, charlaremos. El tiempo pasa muy deprisa.

—¡Ay Virgen Santa! ¡media hora! Pero... dígame, dígame, ¿tienen que venir aquí á esta plaza los soldados?

—Preciso.

—Entonces... lo veré en seguida, le podré hablar...

—Hablarle, no es posible.

—Pero, si hace dos años que no lo veo...

—Lo comprendo; pero al soldado, cuando está en filas, nadie le puede hablar. Eso ya lo debe V. saber. La ordenanza está terminante; aquí manda el coronel, buena mujer. Las madres no pueden nada, y aunque viniese la madre del coronel, ella también habría de tener paciencia, aguantarse y esperar. ¡Ya comprende V. que la ordenanza no la han hecho las mujeres!

—Comprendo, pero...

En aquel momento oyóse lejano ruido de tam-